

voces de mando, en lo alto del asta, de donde pendía la tela de púrpura que ahora vuela hecha retazos conserva siempre el águila de bronce.

21 de febrero de 1835.

XVII

A ALFONSO RABLE

Con frecuencia, en mis horas tristes me he acordado de ti noble amigo, severo historiador, dormido ya en la tumba; me he acordado porque echaba de menos entre nosotros tu voz augusta y fuerte y llena de equidad; porque nos falta tu mano, que sabía grabar con caracteres indelebles en un siglo en que el oro extravía a los sabios, en que el pensamiento es esclavo del dinero, tiempo de frutos abortados, de tallos rotos, de instintos desnaturalizados, de razones corrompidas, en el que todo está disperso en el espíritu humano, el presente que flota a la ventura sobre el pasado. Si estuvieras entre nosotros, tu elocuencia majestuosa vibraría tranquila y serena en medio de nuestro tumultuoso oleaje; servirías de puente tendido entre las orillas para atravesar la corriente.

* * *

Persuadirías a los partidos de que levantan demasiado polvo

en torno de la razón y que no nos permiten verla con claridad; al pueblo, de que sobre todos indistintamente debe pesar la ley del trabajo y de que es bastante fuerte para no envidiar a nadie; al poder, que no debe vengarse nunca; que para el pensador es un espectáculo extraño y triste que la ley, que ha de ser una diosa impasible y serena, salga en determinadas ocasiones de la urna consular con miradas feroces y arrebatada de cólera.

* * *

A los jóvenes a quienes mirabas con benevolencia, y cuya edad los mece en inquietas ilusiones, les dirías: «Amigos, habéis nacido para disfrutar de tiempos felices; no admitáis los errores de vuestros padres; madurad los pensamientos; huid de toda clase de dorados y falaces sistemas y de las esperanzas que en vuestros corazones hace brotar la América, pueblo que vive entregado a ensayos, nación de chiripa, sin raíces, sin pasado, sin historia y sin arte; libraos de la sabiduría impla y envenenada que salió del cerebro de Voltaire, hija de la ignorancia y del orgullo, que pretende aplicar las leyes de los antiguos tiempos a las costumbres actuales, que rehace un caos de todo cuanto fué un mundo, que hunde rudamente el casco estrecho de Esparta en la frente del viejo París; que en los tiempos pasados, mal com-

prendidos, ~~vola~~ descaradamente al sabio para convertirle en un monstruo que inspiraría terror a su padre, de tal modo, que, temblando, los antiguos héroes, han cubierto, por ello, su faz, y después de tres mil años, casándose con Licurgo, sus amorosas caricias han dado a luz a Robespierre!»

* * *

Nos dirías a todos:—«No os durmáis; vigilad y estad prontos, porque ya paso a paso se desliza en la obscuridad la mano del cazador que inquiere por todas partes donde oye cantar dentro de los nidos que cobijan los pensamientos; porque los corazones más nobles están vencidos o cansados; porque Polonia, cargada de cadenas, ni aun puede morder el pie del czar que le aprieta la garganta; porque de día en día se ve que los reyes prolongan en la fragua la cadena que forjan para la gigantesca libertad, que está adormecida a su lado, No durmáis y trabajad sin descanso, grandes y pequeños, que cada uno tiene señalada su tarea en el trabajo; cada uno tiene que llevar su piedra al edificio, cuya cumbre aun ha de costar grandes sacrificios para quedar rematada. No se ha concluido el trabajo por haber logrado destronar a un rey; nada significa un rey caído; es mucho más difícil y cosa de mucho mayor empeño mejorar las costumbres

que abatir a los reyes. Nada está aún terminado; ni la ruina ni el bosquejo. Desarrolláis infinitos planos, pero no los realizáis. Os llenáis de mutuos aplausos a vosotros mismos por haber hecho multitud de leyes, que habéis amontonado al azar. Trabajad, que no ha llegado aún la hora del descanso. Buscáis algo desconocido, pero sin tener verdadera fe y verdadero cariño; nada entre vosotros brilla con verdadera luz; crepúsculos y nieblas obscurecen vuestros sistemas, y en las leyes y en las costumbres, y hasta en los espíritus, sólo aparece el alba pálida o la rubicunda puesta del sol, pero no la luz clara del mediodía.»

* * *

Así nos hablarías escribiendo libros austeros, como hablaban en otro tiempo los antiguos cenobitas que poblaban los desiertos, como hablan todos aquellos que nos hacen enmudecer, y te escucharíamos como el mundo de entonces escuchaba a los antiguos.

* * *

¡Ay! A cada instante ignorados y tempestuosos vientos amontonan más sombras y más brumas en nuestros horizontes; cada vez aparece el porvenir más oscuro. Con el corazón sereno, con la paz en el espíritu, te dedico estos versos, a ti que duermes el profun-

do sueño, a ti que ignoras lo que pasa entre nosotros. Te dirijo estos versos llenos de tristes presagios. El furioso combate comienza a trabarse entre el derecho de creer y el derecho de suprimir lo superfluo; la batalla en la que las leyes atacan a las ideas, se entabla otra vez en mares desconocidos; y yo mismo, en estos momentos, pensativo en mi hogar, olvidando a Procusto desde hace cinco años, oigo ladrar fuera de la puerta que encierra el drama agosto a la censura de hálito inmundo, de uñas negras, a esa perra que, humillada la frente, sigue a todos los poderes, mascando siempre con sus puercas quijadas, ¡oh Musal algún pedazo de tu estrellado manto.

14 de septiembre de 1835.

XVIII

AL ENVIAR LAS «HOJAS DE OTOÑO» A
MADAME***

I

Este libro errante, que sale con el ala rota y apenas puede volar, que el viento lanza contra vuestra ventana, como pedrisco de granizo que golpea en las paredes, acaba de pasar por las tempestades públicas, y el pobre recién nacido tuvo que soportar el frío,

la lluvia y el huracán. Este fué su castigo por haber abandonado mi morada. Ayer cantó y hoy llora; ahora cojea, después de haberse cernido en los aires.

II

Hasta que el viento se lo lleve conmigo otra vez, abridle, María, la puerta de vuestro gabinete y recomponed sus versos estropeados. Permitid que unos momentos descanse en vuestra alcoba, en la que se respira refrigerante calor, y que se caliente en el fuego de vuestro trípode; permitidle que a vuestro lado se acueste, y ya que es pájaro, que tiembla y que palpita aterido de frío, abrigadle bajo vuestros pies.

18 de enero de 1832.

XIX

Poeta Anacreonte, manantial grótico que filtras desde la cumbre de la sabiduría antigua, manantial que encontramos al trepar hasta aquella altura; que fluyes en la sombra, límpido, derramándote por el césped; pláceme tus cánticos, tierno poeta: cuando la senda que conduce hasta la cima es rápida, muchas veces, cuando no fatiga el calor de los rayos solares, nos causa grata sensación

beber del arroyuelo que pasa te arrastrado; el esquife busca cernido por entre los montes.

21 de agosto de 1835.

XX

I

Comienza a brillar la aurora y las sombras se desvanecen; los sueños y las brumas se disipan con la noche; se entreabren a un tiempo soñolientas las pupilas y las rosas; se oye el murmullo del despertar de la naturaleza.

**

Todo canta y susurra, todo habla al unísono, verdura y humo, nidos y techos; el viento habla a las encinas, el agua a las fuentes; todos los alientos se convierten en voces.

**

Todo vuelve a adquirir su propia alma; el niño recupera su juguete, el hogar su llama, el violín su arco; locura o demencia en todo el mundo, cada cual reanuda el trabajo empezado.

**

Todo aquello que piensa o todo lo que ama agitándose sin cesar hacia un supremo objeto se sien-

RAYOS.—9

II

La verdad profunda; solidísimo granito que en el fondo de todos los mares encontró siempre mi áncora, al recorrer el mundo por el que pasan en el abismo obscuro innumerables sueños.

**

La verdad, hermoso río que nunca se ciega, manantial en el que todos apagan su sed, tallo en el que todo florece, lámpara que Dios coloca junto a todas las causas, luz que los objetos envían radiante al espíritu.

**

Arbol de ruda corteza, encina de vasta copa, que el hombre dobla o rompe según se lo permite su fuerza; cuya sombra se extiende; árbol en el que todos encuentran un refugio, unos sobre las ramas, otros en el tronco.

**

Monte por el que corren todos los arroyos, precipicio en el que todos se sumergen; centella súblime, que brota del trono de Dios rayo de luz, objeto de las blas-

femias de los hombres, ojo tranquilo y supremo, que en la misma frente de Dios el hombre reventó un día.

III

¡Oh tierra! maravillosa naturaleza, cuyo brillo susurrante llena nuestros oídos y deslumbra nuestros ojos. Playas donde mueren las olas, bosques de los cuales la brisa entresaca sombras misteriosas en el horizonte vago.

* *

Azul con que se vela el agua del abismo amargo, cuando, dejando que mi barca huya a la merced del viento, inclinándome sobre las ondas, oigo en el interior del alma el epitalamio que canta el mar.

* *

Azul no menos puro del sonriente cielo, que admiro cuando trato de escuchar lo que dice el espíritu, cuando intento descifrar las obscuras palabras que el viento murmura y que las estrellas escriben.

* *

Creación pura, ser universal, océano que ciñes por entero al universo, astro que hace brotar el soplo del Señor, flores de donde acaso él recoge la miel.

* *

¡Campiñas, hojarascas, campanarios de las aldeas, humildes y majestuosos a la vez! ¡Montes frescos, aurora pura y clara, sonrisa deliciosa del astro eterno! ¿Sois acaso un libro inagotable, en el que cada uno de los mortales desea, para vivir, leer frases tan profundas que en vano se someterían al examen en las que el ojo ve un mundo y el alma encuentra un Dios?...

* *

Hermoso libro que hojean los corazones cándidos, en el que los pensadores barruntan sentidos ignorados, y en el que los elegidos de Dios escriben en el margen: ¡Somos los enviados!

* *

¡Santo libro, en cuyas páginas el velo que flota en todos los lugares, en el que la estrella que brilla para todas las miradas sólo traza misteriosamente un nombre único, solitario, un nombre en la tierra y un nombre en los cielos!

* *

Libro de salvación, en que el corazón encuentra su alimento y que todos los sabios se esfuerzan por descifrar; cuyo sentido rebelde se resiste a ser explicado algunas veces; libro que deletrea Pitágoras y que lee Moisés.

Diciembre de 1834.

da, porque El creó tu alma, porque El hizo la tierra; encanta mi corazón y deslumbra mis ojos; le encuentro en el fondo de todos los misterios, y es obra suya que en el mundo brillen tus miradas, a la manera que en el cielo brillan las estrellas.

* *

Es Dios el que hizo del amor el móvil supremo de los actos humanos, el amor en el que todo vive, el amor en el que todo descansa; es Dios quien formó la noche más hermosa que el día; es Dios quien en tu cuerpo, mi soberana beldad, vertió la hermosura como con una copa llena y derramó el amor hasta rebosar en mi corazón.

* *

Deja, pues, que te ame, que el amor es la vida; es lo que se encuentra a faltar y es lo que se envidia cuando la juventud camina hacia el ocaso. ¡Sin él nada hay completo, sin él nada brilla; la belleza es la frente, el amor es la diadema; déjame que te coronel

* *

Lo que llena el alma no es un puñado de oro, ni tampoco el espejismo de la gloria; ambas cosas son el orgullo que traemos de los combates: no la satisface tampoco la loca ambición, que sueña

XXI

Ayer, la noche de verano, que a entrambos nos envolvía con sus velos, ostentaba tantas estrellas, que era en verdad digna de ti; tan serena estaba y tan fresca; su brisa era tan agradable; de tal manera apagaba todos los rumores y tan cariñosamente esparcía su rocío sobre las flores y sobre nosotros.

* *

Estaba yo delante de ti, alegre y enamorado, porque tú me mirabas con la suprema expresión de tu cariño; yo admiraba la belleza de tu frente, y sin que una palabra tuya me revelase lo que pensabas, la tierna ilusión que de tu corazón emanaba venía a manifestarse dentro del mío.

* *

Y yo bendecía a Dios, cuya gracia infinita puso tanta armonía en la noche y en ti, que por devolverme la calma y por concederme la ventura, os hizo a las dos tan lindas y tan puras, tan llenas de rayos, de perfumes y de murmullos, a ti y a la noche.

* *

Bendigamos a Dios, rindiéndole el homenaje de nuestra fe profun-

en quimeras y que roe tristemente la corteza amarga de todas las cosas de la vida.

* *

El alma necesita para ser dichosa el himeneo de dos pensamientos: suspiros ahogados, manos tiernamente estrechadas, el licor perfumado del beso, que una mirada embriague a otra mirada, y oír los cánticos de esa dulce lira que se llama el corazón.

* *

Nada hay en el mundo que no se rija por su ley secreta, que no tenga su sitio querido y predilecto, su guarida, su retiro, al que instintos irresistibles nos encaminan noche y día; el pescador tiene su barca en que se cifra su esperanza, los cisnes el lago, las águilas las montañas y las almas el amor.

21 de mayo de 1833

XXII

CANCIÓN NUEVA SOBRE UN AIRE ANTIGUO

Si pasas por algún sitio cubierto de verde césped, que el cielo rocía, en el que esmalten todas las estaciones alguna flor abierta,

en el que puedan cogerse azucenas, madreselvas y jazmines, deseo recorrer ese camino donde has puesto tus pies.

* *

Si existe un seno palpitante de amor, digno y honrado, capaz de realizar los mayores sacrificios por la mujer querida, cuyo corazón late siempre a impulsos de los deseos más dignos, quiero hacer de él la almohada donde descanse tu frente.

* *

Si existe algún sueño de amor, perfumado de rosas, en el que cada día broten nuevos placeres, un sueño bendito por la mano de Dios, en el que un alma se une a otra alma, quiero de él hacer nuestro nido y colocar en él tu corazón.

18 de febrero de 1834.

XXIII

OTRA CANCIÓN

El alba nace y tu puerta está todavía cerrada; ¿por qué duermes aún, vida mía? Si se despierta la rosa, ¿por qué tú no has despertado? Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

* *

Muchos somos los que llamamos a tu puerta. La aurora te dice: «Yo soy la luz!»; el pájaro te dice: «Yo soy la armonía!»; y mi corazón te dice: «Yo soy el amor!» Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

* *

Te adoro como a un ángel y te amo como a una mujer. Dios, que por medio de ti, me ha completado, creó mi amor para tu alma y mis miradas para contemplar tu hermosura. Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

Febrero de 183...

XXIV

Quisiera ser el objeto único y completo de tu pensamiento mientras que me esperas, cansada de andar, debajo del árbol a orillas del lago, lejos de las miradas de los importunos, cuando a tus pies el oloroso valle, lleno de bruma que se eleva hacia el sol, humea como un pebetero colmado de ardientes perfumes.

* *

Quisiera que todo cuanto alcanza tu vista, los collados, las

llanuras, los floridos arbustos, el prado verde, el sendero que conduce a las aldeas y el barranco profundo, que se desborda en hojarasca, como el mar en olas,

* *

Que el bosque, el jardín, la casa, el nubarrón, que todos los puntos confusos que a lo lejos se ven temblar, que la rama cargada de frutos maduros, que la hoja seca que el otoño arranca, que todo cuanto se arrastra, marcha o vuela,

* *

Que esa tupida red de objetos que te rodea, y de la que el árbol frondoso que te cobija es el primer eslabón; que la hierba y la hoja, las olas y la tierra, la sombra, la luz y la llama, adquiriesen voz, se convirtieran en un alma y murmuraran mi nombre a tu oído.

Enghien, 14 de septiembre de 1834.

XXV

Ya que puse mis labios en tu copa llena todavía; ya que escondi entre tus manos mi frente pálida; ya que respiré algunas veces el hálito perfumado de tu alma,

* *

Ya que me fué concedido oír de tus labios las frases cariñosas

en las que se derrama misteriosamente el corazón; ya que he visto llorar; ya que he visto sonreír tu boca junto a mi boca y tus ojos junto a mis ojos,

* *

Ya que he visto brillar sobre mi orgullosa frente un rayo de luz de tu destino que está siempre velado; ya que he visto caer en la corriente de mi vida una hoja de rosa, arrancada de la flor de la tuya.

* *

Puedo muy bien decir a los años fugaces:—«¡Pasad, pasad! que no temo envejecer; ¡pasad arrastrando con vosotros las flores marchitas, que yo conservo en el alma una flor que nada ni nadie puede marchitar!

* *

¡Aunque vuestras alas choquen contra él, no lograréis derramar el vaso donde apago mi sed, y que está lleno hasta los bordes; mi alma encierra más fuego que ceniza podéis derramar vosotros; el amor es más poderoso en mi corazón que en vosotros lo es el olvido».

L.º de enero de 1835.

XXVI

A LA SEÑORITA J.

¡Cantad, cantad, joven inspirada! Es sagrada la mujer que canta, lo es aún para los perversos. Bendita la mujer que canta; su belleza defiende su genio. Los ojos hermosos realzan los hermosos versos.

* *

Yo, que vivo devorando mis propias iras, me complazco en ver brillar vuestra aurora exenta de tempestades, y sonrío cuando miro vuestros alegres ojos. Cantad, pues, esas melodías arrebatadoras. ¡Para mí la corona de espinas, para vos la corona de flores!

* *

Hubo un tiempo, tiempo de embriaguez, en el que la aurora que para vos brilla hoy, brillaba en mi esplendorosa primavera; hubo una época en que el orgullo, la alegría y el éxtasis se desbordaban de mis diez y siete años, como el vino puro rebosa de la copa de oro.

* *

Entonces, siempre presente dentro de mi alma, deslumbradora

quimera fijaba en mí sus irresistibles ojos; entonces, en las rientes perspectivas de verdegueantes cielos azules, de aguas diáfanas, flotaban alucinadas mis miradas.

* *

Entonces, yo decía a las estrellas:—«Astro mío, en vano te ocultas, porque yo sé que no dejas de brillar en las alturas». Entonces, yo decía a las riberas:—«Vosotros sois la gloria, y yo llegaré hasta ella, porque cada uno de mis días es una ola.»

* *

Yo le decía al bosque:—«Selva sombría, como tú, encierra mi pecho innumerables murmullos.» Yo decía al águila:—«Contempla mi frente.» Yo decía a las copas vacías:—«Estoy saturado de ideas ardientes que embriagarán a las almas.»

* *

Entonces desde el fondo de veinte cálices, rocío, amor, perfumes y delicias subían a despararramarse en mi sueño; tenía mis canastillos llenos de flores, y como un vivo enjambre de abejas, mis pensamientos volaban hacia el sol.

* *

Como la luz de la luna pálida y la roja hoguera del pastor se

reflejan en las aguas del mismo arroyo; como en los bosques humedecidos, a través del ruido de las hojas, se oye el ruido de los pajarillos.

* *

Mientras que todo me estaba diciendo: ¡Ama! Escuchando esto fuera de mí mismo, embriagado de incienso y de armonía, oía, a la manera de arrebatador murmullo, el canto de toda la naturaleza en el tumulto de mis sentidos.

* *

Y las rosas que el abril amontonaba en las noches de verano alumbra por la luna, los senderos que crujen bajo los pasos del viajero, los temibles escollos, los viejos troncos de árboles deformes que se inclinan en el borde de los caminos,

* *

Me hablaban ese idioma austero, idioma de la sombra y del misterio, que pregunta a todos:—«¿Qué es lo que se sabe?; que hay momentos en los que casi ahogada, confusamente canta notas para Orfeo y pronuncia palabras para Platón.»

* *

La tierra me decía:—¡Poeta! El

cielo me repetía:—¡Profeta! Anda, habla, enseña, bendice, in-